



## San Juan de la Cruz, maestro de vida espiritual

EMILIO JOSÉ MARTÍNEZ GONZÁLEZ

O.C.D.

**Resumen:** La vocación de San Juan de la Cruz es la de *Maestro*. Siempre ha sido formador en activo y esto es lo que prefiere, lo que realmente le gusta. Aunque medie la elección de sus superiores –o el deseo de la misma santa Teresa, cuando le solicita para ser confesor del monasterio de La Encarnación de Ávila–, en él hay un firme deseo de acompañar espiritualmente. Un deseo que nace de la necesidad que percibe en muchos, porque caminan sin guía y se pierden. Con sus escritos y con su magisterio oral, acudirán al socorro de esa necesidad, y lo hará de manera magistral, en el sentido más pleno del término.

Todos los testimonios de sus contemporáneos y biógrafos –o, por mejor decir, hagiógrafos<sup>1</sup>–, coinciden en que fue siempre más amigo de escuchar que de hablar, de aprender que de imponer. Especialmente inclinado a la plática, se convierte en maestro a la luz del análisis de la propia experiencia, la experiencia de otros y el estudio de la Sagrada Escritura. No despreciará las fuentes teológicas y las reflexiones de otros místicos que le han precedido.

Su objetivo es llevar a la persona a la perfecta unión con Dios<sup>2</sup>, lo que supone reproducir personalmente la historia de salvación, llevar a plenitud la

---

1 Para la problemática sobre el tratamiento barroco de la biografía del Santo, me permito citar mi estudio: E. J. MARTÍNEZ, *Tras las huellas de Juan de la Cruz. Nueva biografía*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2006, 15-28 (sepa tolerar el lector alguna otra auto-referencia a estudios en los que he tratado parte de las cuestiones aquí desarrolladas).

2 Cf. S, título; 2N 5,5 (uso la edición de *Obras Completas* de Federico Ruiz y José Vicente Rodríguez, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009, con sus siglas).

vocación bautismal que es muerte del hombre viejo para la transformación en el hombre nuevo<sup>3</sup>.

En este trabajo pretendo presentar la mística sanjuanista como camino de realización de la persona que ansía la verdadera libertad, vía accesible a todos los hombres y mujeres, llamados a la búsqueda de Dios<sup>4</sup>.

**Palabras clave:** Juan de la Cruz, mística, Seguimiento

**Summary:** The vocation of Saint John of the Cross is that of a Master. He has always been an active formator and this is what he prefers, what he really likes. Although the choice of his superiors mediates –or the desire of Saint Teresa herself, when she asks him to be a confessor of the monastery of La Encarnación de Ávila–, there is in him a firm desire to accompany spiritually. A desire born of the need that he perceives in many, because they walk without a guide and get lost. With his writings and his oral teaching, he will come to the aid of this need, and he will do so masterfully, in the fullest sense of the term.

All the testimonies of his contemporaries and biographers –or, better to say, hagiographers– agree that he was always more friend to listen than to talk, to learn that to impose. Especially inclined to talk, he becomes a teacher in the light of the analysis of his own experience, the experience of others and the study of Holy Scripture. He will not despise the theological sources and the reflections of other mystics who have preceded him.

Its objective is to guide the person to the perfect union with God, which means personally reproducing the history of salvation, bringing to fulfilment the baptismal vocation that is the death of the old man for the transformation into the new man.

In this work I intend to present the sanjuanista mystique as a way of realization of the person who yearns for true freedom, a path accessible to all men and women, called to search for God.

**Keywords:** Juan de la Cruz, mystique, follow-up

## INTRODUCCIÓN

Al comenzar, contemplemos en síntesis el camino propuesto por Juan de la Cruz:

---

3 Cf. CB 23; *Romances*; LB 2,32-36; etc.; cf. M<sup>a</sup> J. TORRES JIMÉNEZ, *Los Romances de San Juan de la Cruz. Estudio interdisciplinar*, Monte Carmelo, Grupo Fonte, Burgos 2017.

4 Cf. CB 1.

El maestro carmelita sitúa el inicio de la historia de la humanidad y de cada ser humano en la eternidad, en la Trinidad. Dios nos ha creado y, además, nos ha redimido; somos partícipes de su Vida a través del Bautismo<sup>5</sup>.

El pecado nubla la relación con Dios, pero no la destruye. Es necesario *caer en la cuenta* de todo cuanto Dios ha hecho y hace por nosotros<sup>6</sup> y dar los primeros pasos, fervores y devociones que conducen a la persona hasta la meditación y a una determinación de apresurar la marcha hacia la transformación con Dios, sostenido por las virtudes teologales. De ahí a la contemplación, a la *noticia amorosa*<sup>7</sup>.

A un cierto punto, el ser humano debe afrontar la noche oscura, momento crucial que exige fortaleza<sup>8</sup>. Superada esta, se empieza a vivir la plenitud de la transformación, la santidad, que es tanto teologal como moral e incluso psicológica. Es ejercicio de amor en la unión.

La unión, dirá el Santo, no es disolución en un principio superior en el que perdemos nuestra identidad, ni tampoco es un camino individual. A la unión se llega por la comunidad, por la Iglesia, por la cruz y el bautismo<sup>9</sup>; la unión, en definitiva, es por Cristo, con Cristo y en Cristo. Él es el eje de la doctrina y vida de San Juan de la Cruz. El Santo le ha vivido y cantado como *Hermano, Compañero y Maestro, Precio y Premio*<sup>10</sup>, *Palabra* única y última del Padre<sup>11</sup> y *Amado*<sup>12</sup> y así ha querido presentarle en la exposición de su camino místico: clave de bóveda, modelo del hombre nuevo, salvado y libre.

## CRISTO, EN EL CORAZÓN DE LA MÍSTICA SANJUANISTA.

Es cierto que, a lo largo de la historia, algunos autores han cuestionado la presencia de Cristo en el sistema sanjuanista; había quienes consideraban que la mística del Santo contendría referencias cristológicas, pero podría com-

---

5 *Romances*, CB, anotación.

6 CB, anotación.

7 Muy recomendable la lectura de este reciente estudio sobre la mística sanjuanista: J. A. MARCOS, *La mística como atención amorosa. San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 2022.

8 Cf. *Ibidem*, 129-150.

9 Cf. CB 23.

10 Cf. 2S 22, 5.

11 Cf. D 99; 2S 22, 3-6.

12 Aquí habría que aducir un sinnúmero de citas. Hay otros nombres que Juan de la Cruz atribuye a Cristo, todos reveladores de la centralidad de su figura en la obra sanjuanista: cf. J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta, enamorado de Dios y maestro*, Instituto de Espiritualidad a distancia, Madrid 1987, 343-350; I. MATHEW, *El impacto de Dios*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 185.

prenderse y *sobrevivir* sin recurrir a una clave cristocéntrica<sup>13</sup>. Otros autores, aun admitiendo el cristocentrismo del sistema sanjuanista, veían en el Santo una *deficiencia cristológica*, al haber centrado su reflexión y exposición en el Cristo-Logos, aparcando Juan de la Cruz la dimensión histórica de Jesús... pero ¿Era en su época una preocupación esta dimensión?<sup>14</sup> ¿No juzgamos, a veces, a los autores con criterios más propios de nuestro tiempo?<sup>15</sup>.

Todos los grandes especialistas y conocedores de la obra de San Juan de la Cruz, coinciden sin embargo en afirmar que “Cristo está en el centro de la mística sanjuanista”<sup>16</sup>, es el punto central en el que se vertebra la obra de Dios en el hombre que el Santo expone a lo largo de todos sus escritos<sup>17</sup>, Él es quien alcanza para la persona el *alto estado* al que se llega al final del camino místico, ser semejante a Dios: “Y cómo esto sea, no hay más saber ni poder para decirlo, sino dar a entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado y nos mereció este subido puesto de *poder ser hijos de Dios* [...], que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo, sino, como habemos dicho, por unidad y transformación de amor”<sup>18</sup>.

En el sistema sanjuanista, no hay otra forma de acceder al misterio de Dios que la persona de Cristo: “No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste

---

13 Cf., p.ej., J. C. NIETO, *Místico, poeta, rebelde, santo. En torno a San Juan de la Cruz*, FCE, Madrid 1982, 216.

14 Que, como veremos, no está del todo ausente en la obra de Juan de la Cruz.

15 Cf. S. CASTRO, *La experiencia de Cristo: foco central de la mística*, en F. RUIZ (coord.), *Experiencia y pensamiento en San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990, 169: allí encontrará el lector una presentación general del problema, que desborda los límites de este trabajo. Pueden verse, además, F. RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz. El escritor, los escritos, el sistema*, La Editorial Católica, Madrid 1968, 355ss; E. GARCÍA LÁZARO, *Cristo en la mística de San Juan de la Cruz*, en, O. STEGGINK (coord.), *Juan de la Cruz, espíritu de llama*, Institutum Carmelitrum -Kok Oharos Publishing House, Roma 1991, 696-697.

16 G. MOREL, *Le sens de l'existence selon Saint Jean de la Croix, II*, Aubier, París 1961, 192; cf. 194-195; 200-206; capítulos demostrativos de esta afirmación en la obra del Santo son, entre otros: 2S 7; 22; 2N 21; CB 22; 39; LB 4. Cf. LUCIEN MARIE DE SAINT JOSEPH, *Le Christ dans la doctrine de Saint Jean de la Croix*, en ID., *L'Expérience de Dieu. Actualité du message de Saint Jean de la Croix*, Cerf, París 1968, 241-281; R. MORETTI, *Cristo nella dottrina di S. Giovanni della Croce*, en AA.VV., *Gesù Cristo. Mistero e presenza*, Teresianum, Roma 1971, 547-567. Además de otros aportes bibliográficos que iremos citando, puede verse el estudio de conjunto: F. GARCÍA MUÑOZ, *Cristología de San Juan de la Cruz (sistemática y mística)*, FUE, Madrid 1982.

17 Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002<sup>2</sup>, 17-27; E. GARCÍA, *Cristo en la mística...*, 696.

18 CB 39, 5; cf. 37, 6; J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 345-350.

en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero”<sup>19</sup>.

Podemos afirmar con Federico Ruiz que Cristo es *camino* por el que “ha llegado fray Juan a la plenitud de su propia vida mística [...]. Es una persona y no una idea la que vivifica las estructuras y las ansias de la unión”<sup>20</sup>. Él está, pues, en el origen, desarrollo y meta del sistema sanjuanista, del proceso de transformación del hombre en *hombre nuevo* que se describe en sus obras<sup>21</sup>.

Para Juan de la Cruz, Cristo es, en primer lugar, Verbo humanado, Hijo de Dios que es también hijo del hombre<sup>22</sup>; aquél en quien, como decimos, el Padre nos lo ha dado todo<sup>23</sup>. No es cierto –repito– que, en su sistema, quede orillada la dimensión cristológica y ello es bien visible en la iluminación que el proceso místico recibe de los acontecimientos de la vida del Jesús de los evangelios; así, la Encarnación es esencial para Juan de la Cruz<sup>24</sup>: “Una de las cosas más principales por que *desea* el alma *ser desatada y verse con Cristo* (Flp 1, 23) es por verle allá cara a cara, y entender allí de raíz las profundas vías y misterios eternos de su Encarnación, que no es la menor parte de su bienaventuranza; porque, como dice el mismo Cristo por San Juan, hablando al Padre: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, un solo Dios verdadero, y a tu Hijo Jesucristo, que enviaste* (17, 3). Por lo cual, así como, cuando una persona ha llegado de lejos, lo primero que hace es tratar y ver a quien bien quiere, así el alma lo primero que desea hacer, en llegando a la vista de Dios, es conocer y gozar los profundos secretos y misterios de la Encarnación y las *vías antiguas* (cf. Jer 6, 16; Is 25, 1) de Dios que de ella dependen”<sup>25</sup>.

Notemos aquí, que la referencia al misterio de la Encarnación aparece plenamente inserta en el sistema sanjuanista y no es una mera evocación impuesta. El discurso de San Juan de la Cruz, como sabemos, trata de exponer teológicamente las vías que conducen a la unión del hombre con Dios; de ahí la importancia de ese misterio, ya que la Encarnación es el *primer momento* –ontológica y cronológicamente– en el que se da la unión de Dios y el hom-

---

19 D 26.

20 F. RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz...*, 355; cf. 355-382.

21 Cf. J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 303-338; S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 172-184).

22 Cf. R 1, 8.

23 Cf. D 26.

24 “La encarnación constituye ya algo irrenunciable para el ser integral del Jesucristo actual. Juan de la Cruz siempre tendrá *in mente* esta realidad” (S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 186).

25 CB 37, 1. “La unión se alcanza siempre mediante las noticias de los misterios de la Encarnación del Verbo” (S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 184-185).

bre, es plenitud anticipada de lo que nosotros hemos de ser, por participación, en la unión personal<sup>26</sup>. Cristo es, para San Juan de la Cruz, el centro del plan salvífico de Dios<sup>27</sup>, el centro de la revelación que está en la base y es condición de posibilidad del proceso de la unión mística; transformar Dios al hombre es darse a él del todo, lo que, en la Encarnación, ha sucedido en la persona de Cristo como primicia para toda la humanidad<sup>28</sup>.

El *allí* histórico-teológico manifestado en la Encarnación de Cristo, se prolonga y actualiza para cada hombre en el *allí* de la experiencia mística culminada, realización plena de nuestro ser imagen de Dios en Cristo. Lo vemos claramente en la estrofa 28 de *Cántico*:

“Allí me dio su pecho,  
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,  
y yo le di de hecho  
a mí, sin dejar cosa;  
allí le prometí de ser su esposa”.

La esposa, que en los *Romances* es la humanidad en términos generales, se ha tornado aquí la naturaleza humana concreta, la persona que, en las cimas del camino místico: “está como divina, endiosada, de manera que aun hasta los primeros movimientos no tiene contra lo que es la voluntad de Dios”<sup>29</sup>.

No hay, por tanto, una experiencia mística neutra que Juan de la Cruz vierte en los moldes de su formación y espiritualidad cristiana. El Santo es, plenamente, místico cristiano que vive su experiencia como encuentro con el Cristo al que confiesa y celebra<sup>30</sup>. La afirmación cristológica de su camino místico de liberación es rotunda: por Cristo, con Cristo y en Cristo, gracias a la obra de su Encarnación, el hombre está posibilitado para desarrollar en plenitud su *dignitas*, que encuentra en el mismo Cristo el modelo perfecto.

---

26 Cf. CB 23, 1.

27 Cf. R 2, 47-76; 4, 135-166.

28 Cf. *Ibidem* 4, 125-140. 149-156. En la perspectiva de los *Romances*, “en Cristo concluye la mutua lejanía y la nostalgia y los deseos de la unión se convierten en la unidad fundamental Dios-hombre” (E. GARCÍA, *Cristo en la mística...*, 698).

29 CB 27, 7; cf. CB 23, donde se repite el *allí*, esta vez para referirse al madero de la cruz como lugar del desposorio de Cristo con la humanidad y con cada hombre.

30 “La unión sanjuanista asume de lleno el ritmo temporal, histórico, de la salvación cristiana, sus conexiones y mediaciones” (F. RUIZ, *Místico y Maestro, San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1986, 74; cf. CB 23, 3-6; 36, 5; 37, 3...).

Así, la vida terrena y las enseñanzas de Jesús –tal como él las recibe de los evangelios, evidentemente–, son “luz y ejemplo, salvación”<sup>31</sup>. Gusta, ante todo, de llamarle Amado y Esposo, no sólo en un tono sentimental o meramente afectivo-erótico, sino fundamentalmente teológico, efectivo y ontológico: Jesucristo es el Esposo de la naturaleza humana –comunidad eclesial, humanidad– en cuanto comparte con ella vida e historia; y lo es de cada creyente en comunión de vida y amor, como venimos diciendo, en el proceso de la unión mística<sup>32</sup>. Él es la meta<sup>33</sup> y el punto de arranque cuyo amor dispara el seguimiento, como veremos. La categoría *Esposo* acentúa y caracteriza todo el proceso como de unión, unión sponsal.

Cristo es el Esposo sanador y salvador del hombre, *Pastorcico* que ha asumido las heridas de la cruz por amor:

“Un pastorcico, solo, está penado,  
ajeno de placer y de contento,  
y en su pastora puesto el pensamiento,  
y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,  
que no le pena verse así afligido,  
aunque en el corazón está herido,  
mas llora por pensar que está olvidado;

que sólo de pensar que está olvidado  
de su bella pastora, con gran pena  
se deja maltratar en tierra ajena,  
el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcico: ¡ay, desdichado  
de aquel que de mi amor ha hecho ausencia,  
y no quiere gozar la mí presencia  
y el pecho por su amor muy lastimado!

---

31 F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 128; cf. 2S 7; 22; CB 5, 3-4; 7, 4-7; 37, 1...

32 Y también Esposo para el mismo Juan de la Cruz, que le llama a la íntima unión con él, que con él comparte vida e historia personal (cf. F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 126-127, con especial atención a la nota 2 de esta última página).

33 Cf. CB 38, 9.

Y a cabo de un gran rato, se ha encumbrado  
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,  
y muerto se ha quedado asido dellos,  
el pecho del amor muy lastimado”<sup>34</sup>.

Para el Santo, la cruz de Cristo es la definitiva manifestación de su misión: mostrar la plenitud del amor del Padre. Místicamente, en la cruz se sella y anticipa, como veremos, el destino del hombre: la unión con Dios. Ello tiene también consecuencias en la vida moral del cristiano, en la praxis.

Cristo, para San Juan de la Cruz, es *el principal amante*<sup>35</sup>, es sobre él sobre quien recae la iniciativa, volcado como está sobre el mundo y sobre cada alma al sentir de Juan de la Cruz: “el esposo escoge, dignifica a la esposa, la prepara, le da su nombre y títulos, la iguala consigo”<sup>36</sup>. Es, así, el Salvador<sup>37</sup>.

## A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DEFINITIVA DEL PADRE

Para Juan de la Cruz Cristo es, en consecuencia, la *palabra última, definitiva y única del Padre* en cuanto que resume todo lo dicho por Él desde el principio del tiempo y la eternidad; la vida de Jesucristo, sus gestos y palabras, empapa los dos Testamentos, encierra la totalidad de la historia y exige nuestra contemplación constante<sup>38</sup>. Cristo es todo: “Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”<sup>39</sup>.

Es en el capítulo 22 del segundo Libro de *Subida* donde Juan de la Cruz ha desarrollado de modo más intenso esta afirmación de la centralidad de Cristo,

---

34 P VI.

35 Cf. CB 31, 2; F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 131.

36 F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 131. Comentando el poema del *Pastorcico* a la luz del Cristo crucificado que dibujó San Juan de la Cruz, afirma Secundino Castro: “En efecto, el Pastorcico –Cristo crucificado– inclina su cabeza y su pecho de manera que parece quiere arrojarse de la cruz. Sus brazos tensos y amorosos intentan arrancarse del madero para abrazar al mundo, que gira allá abajo; mientras, unas gotas de sangre de su cabeza, herida por las espinas, simulan una lluvia fecunda, a la vez que testimonian el precio del amor y la renovación de la tierra. Es Cristo sobre el mundo, que se ha visto obligado a ascender a la cruz para abrazarlo y contemplarlo por entero” (S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 54; el comentario completo en las pp. 53-55).

37 Cf. CB 22, 1.

38 Cf. 2S 22, 6; CB 1, 11; 37, 3-4. 6. Se trata de una idea de raigambre bíblica desarrollada por toda la tradición cristiana: cf. S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 28.

39 D 99.

no sólo para su doctrina, sino para la entera vida cristiana<sup>40</sup>. Se encuentra en este paso de su obra exponiendo Juan de la Cruz la necesidad de no reparar ni detenerse en las comunicaciones de Dios, dentro de su plan general de purificación activa del entendimiento por la fe; en concreto, trata de exponer la pedagogía y condescendencia de Dios en este momento<sup>41</sup> y, antes de analizar sus modos de comunicación con el hombre<sup>42</sup>, le presenta, en el capítulo que nos ocupa, volcado en Cristo y “desde él sobre toda la humanidad en plenitud desbordante de Palabra y de acción y de vida”<sup>43</sup>.

El *pretexto* para el desarrollo del tema cristológico es una duda que, intuye el Santo, puede presentársele al lector al respecto de las ideas que ha expuesto en los capítulos precedentes: de una parte, Juan ha recalcado –y recalcará– la necesidad de no cualificar la relación con Dios en base a visiones o locuciones que de él puedan recibirse. Nada de ello es necesario ni condicionante para el éxito del camino de la unión mística; es más, atarse a dichos fenómenos extraordinarios, puede ser perjudicial para la persona y evitar que llegue a buen puerto. Sin embargo, continúa Juan de la Cruz, no es menos cierto que en el Antiguo Testamento –*la Ley Vieja*– son incontables los testimonios de este tipo de comunicaciones, no sólo queridas, sino incluso exigidas por Dios<sup>44</sup>. Y aquí viene la respuesta cristológica, que el Santo fundamenta bíblicamente en el testimonio de la Carta a los Hebreos: “Ya que está fundada la fe en Cristo y manifiesta la Ley evangélica en esta era de gracia, no hay para qué preguntarle de aquella manera, ni para qué él hable ya ni responda como entonces. Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo, que es una<sup>45</sup> Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar”<sup>46</sup>.

---

40 Cf. E. GARCÍA, *Cristo en la mística...*, 700-701; F. RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz...*, 376-382; ID., *Místico y Maestro...*, 127-136; S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 27-35; E. J. MARTÍNEZ, *Dio si comunica all'uomo. Lettura e commento dei capitoli 17-22 del secondo libro della Salita del Monte Carmelo di Giovanni della Croce, Rivista di Vita Spirituale* 74 (2020) 75-93.

41 Cf. 2S, 16-21.

42 “Ciñéndose de nuevo a los esquemas propuestos en 2S 10, 4, se examinan visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales, enseñando a caminar por ellos a la unión con Dios, que es siempre la meta y la ilusión mantenida firme. Sin pararse o enredarse en nada de esto, el entendimiento ha de seguir caminando en la noche espiritual hasta la cumbre. Y como siempre *a oscuras y sin nada*” (J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 208). Emprende esta tarea, sobre todo, en los capítulos 23-32 del segundo Libro de *Subida*.

43 J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 208.

44 Cf. 2S 22, 1-2.

45 Una en el sentido de única, aclara en nota la edición que manejamos.

46 2S 22, 3 (la fundamentación bíblica, en el número siguiente).

Cristo es, por tanto, el mediador único; cualquier acceso al Padre sólo es posible a través de él: “si el hombre quiere conocer a Dios, ha de poner los ojos en Cristo, en cuya revelación hallan respuesta los interrogantes humanos”<sup>47</sup>. La figura de Cristo no es sólo para San Juan de la Cruz el modelo según el cual el hombre va alcanzando a través del proceso de unión mística su *dignitas*, que es en realidad una conformación con él, sino también la fuente y criterio último para el acceso a Dios, manantial inagotable: “Por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender; y así, hay mucho que ahondar en Cristo, porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá. Que, por eso, dijo San Pablo del mismo Cristo, diciendo: *En Cristo moran todos los tesoros y sabiduría escondidos* (Col 2, 3)”<sup>48</sup>.

El capítulo de *Subida* que venimos tratando condensa de ese modo una exhortación constante en la obra de San Juan de la Cruz, la necesidad imperiosa de mirar a Cristo, al Jesús hombre de la historia y al Señor glorioso, en sus obras y palabras como obra principal del cristiano: “Si quisieses que te respondiese yo alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo, sujeto a mí y sujetado por mi amor, y afligido, y verás cuántas cosas te responde [...], mírale a él también humanado, y hallarás en eso más que piensas”<sup>49</sup>.

Juan de la Cruz aportará diversos ámbitos en los que *familiarizarse* con el Cristo humanado: la celebración, las imágenes externas, la imaginación y reflexión, la contemplación y, sobre todo, la participación o identificación en el camino de la unión que se da plenamente en la meta y se va realizando de modo paulatino en el seguimiento en el seno de la Iglesia<sup>50</sup>. La experiencia mística descrita por el Santo es, pues, una experiencia de *conocimiento de Jesús*, que conduce al seguimiento con todas sus consecuencias, incluida la praxis como testimonio e interpelación a una realidad que se aparta en innumerables ocasiones del que es camino, verdad y vida<sup>51</sup>. En los *Romances*, dice el Padre al Hijo:

---

47 S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 29 (cf. 2S 22, 5-6).

48 CB 37, 4.

49 2S 22, 6; cf. D 156.

50 Cf. F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 133-137; cf. 2S 22, 4-7 para la dimensión eclesial.

51 Cf. C. MACCISE, *Mística y Liberación*, en F. J. SANCHO FERMÍN (DIR.), *Mística de la plenitud humana*, CITES, Ávila 2004, 146.

“El que a ti más se parece  
a mí más satisfacía,  
y el que en nada te asemeja  
en mí nada hallaría”<sup>52</sup>.

Cristo es, por tanto, nuestro único *modelo*<sup>53</sup>. En los textos citados –podrían aducirse muchos más– hemos visto el modo en que Juan de la Cruz centra la vida cristiana en el Cristo histórico y glorificado y en el Verbo preexistente en la comunión trinitaria con el Padre. Así, nos dirá: “Ahora, en tanto que Dios nos le da en el cielo, entreténgase ejercitando las virtudes de mortificación y paciencia, deseando hacerse en el padecer algo semejante a este gran Dios nuestro humillado y crucificado; pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena”<sup>54</sup>.

Ése y no otro es el sentido del cristocentrismo de San Juan de la Cruz: su cristología incorpora no solamente los componentes estructurales de la naturaleza humana, sino la condición histórica en pleno. A la vez, la antropología del Santo participa de lleno en el ser y la condición de Jesucristo, el hombre Verbo e Hijo de Dios, en su origen, desarrollo y meta. Por tanto, no apela sólo a una imitación de las virtudes del Maestro, sino a una conformación con él de carácter ontológico, de modo que el ser y el hacer del discípulo se convierta en ser y hacer del mismo Cristo<sup>55</sup>; lo evidenciaba el texto de los *Romances* que hemos traído más arriba.

En definitiva: Cristo es el Hijo, pero nosotros lo somos también por participación, por ser hijos adoptivos. El proceso de la unión mística sanjuanista, por tanto, transforma al hombre conformándole a imagen de Jesucristo como centro, con quien se va configurando paulatinamente por medio del seguimiento, cuyo punto de arranque es la escucha amorosa de Cristo como palabra única del Padre.

---

52 R 2, 61-64. Cf. *ibidem*, 65-76.

53 Cf. 1S 13, 3-4; cf. D 159-160. “El Padre sólo donará su amor a quien encuentre parecidos con su hijo. De este modo, Cristo se convierte en el centro de referencia moral” (S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 172).

54 Cta. a la M. Ana de Jesús, carmelita descalza en Segovia, 6 de julio de 1591.

55 Juan de la Cruz no pretende sino profundizar en el misterio de Cristo, pero su objetivo principal no es “exhortar al servicio según su ejemplo [...]. Nos quiere ofrecer el pulso vital del que dependen todo el resto de reflexiones sobre Jesús: que consiste en la autocomunicación de Dios y en el espacio creado en la persona para recibir ese don” (I. MATHEW, *El impacto...*).

## SEGUIR A CRISTO

Hemos visto el modo en el que Cristo se constituye centro del camino místico sanjuanista: en el proceso de recreación por el que Dios transforma al hombre a imagen de su Hijo, Jesucristo deviene fuente de la vida del cristiano, en cuanto origen y en cuanto modo de ser. De ahí que la invitación constante que Juan de la Cruz pone en boca del Padre para cada hombre es la de mirar a su Hijo, imitarle, *seguirle* para conformarse con él.

Transformarse en Cristo es pues la tarea del hombre en el camino de la unión, a través de la vida teologal. Es en el ejercicio de esa vida, concretamente de la fe, donde se da el encuentro<sup>56</sup>. Podemos afirmar por ello que el seguimiento de Cristo a través de la vida teologal nace de la necesidad de transformarse en él: “Si quieres ser perfecto, vende tu voluntad y dala a los pobres de espíritu, y ven a Cristo por la mansedumbre y humildad y síguelo hasta el Calvario y sepulcro”<sup>57</sup>.

La comprensión de este dicho no se resuelve descubriendo en él una simple invitación a la imitación del Cristo obediente y sufriente para sepultarse con él en un claustro o una ermita, renunciando al propio querer, tal como se ha hecho desde la lectura tradicional de ésta y otras sentencias sanjuanistas.

Hay una honda densidad de seguimiento en estas palabras de San Juan de la Cruz, que deben ser entendidas en el contexto de su llamada constante a la conformación con Cristo como único camino posible para el acceso a Dios, que no es sólo conquista de un paraíso perdido y deseado sino, sobre todo y como hemos visto, realización de nuestro ser personal y respuesta a las expectativas que el mismo Dios tiene para con cada uno de nosotros. Lo que el Santo quiere decirnos realmente en ese dicho es que “para llegar a poseer la verdadera riqueza que es Dios, no hay otro camino que Jesús: vivir como Jesús y seguir sus pasos”<sup>58</sup>.

---

56 Cf. CB 12, 2. “La fe es la revelación de Dios que nos transmite Jesús” (S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 176; cf. 2 S 2, 1; 3, 5; 4, 7; 9; 14; 2N 12, etc...).

57 D 176; cf. 1S 13, 3-4. 6; 2S 7.

58 J. D. GAITÁN, *San Juan de la Cruz: vida religiosa y exigencias evangélicas*: CONFER 117 (1992) 24-25; cf. D 78. No podemos olvidar la intención de los Dichos, expresada por el Santo en el prólogo a los mismos: “Hablemos palabras al corazón bañadas en dulzor y amor, de que tú bien gustas, quitando por ventura delante ofendículos y tropiezos a muchas almas que tropiezan no sabiendo, y no sabiendo van errando, pensando que aciertan en lo que es seguir a tu dulcísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y hacerse semejantes a él en vida, condiciones y virtudes y en la forma de la desnudez y pureza de su espíritu; mas dala tú, Padre de misericordia, porque sin ti no se hará nada, Señor”.

Para San Juan de la Cruz, “la vida cristiana es fundamentalmente plena identificación con la persona de Jesús y su misterio pascual: camino de desprendimiento y muerte, pero también de plenitud y vida nueva. Por eso nos alerta contra una visión del camino cristiano reducido a prácticas, organización de la vida o actitudes externas; porque a veces estas realidades se consideran como meta de sí mismas, sin estar ordenadas a su verdadero fin: la búsqueda y el pleno cumplimiento en nosotros del ministerio pascual de Jesús”<sup>59</sup>: “Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que *es el camino y la verdad y la vida, y ninguno viene al Padre sino por él*, según él mismo dice por San Juan (14, 6) [...]. De donde todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad y huye de imitar a Cristo no le tendría por bueno”<sup>60</sup>.

Cada paso en el camino de transformación es un paso en pos de Jesús, una perspectiva nueva y más profunda del necesario seguimiento<sup>61</sup>. La vida creyente, de este modo, queda comprendida plenamente por esta categoría: es identificación-conformación con el Jesús crucificado y glorioso para, por la fuerza de su Espíritu, reproducir en nuestra vida sus gestos y palabras con el fin de cumplir con Él la voluntad del Padre. Cuando Juan de la Cruz llama a traer *un ordinario apetito de imitar a Cristo*<sup>62</sup>, está invitando a articular la vida cristiana en general en torno a la categoría del seguimiento del Maestro, Palabra única del Padre<sup>63</sup>.

Para la vida espiritual, el seguimiento se traduce en asunción del camino de purificación, camino estrecho y costoso que se va desarrollando a través de todo el viaje místico y en el que confluyen la acción primera y sostenida de la gracia con el esfuerzo humano por abrazar la cruz de Cristo, sobre todo en los primeros estadios del proceso, tal como hemos explicado en las exposiciones precedentes sobre la mística sanjuanista.

La meta de las *noches* no es otra que el *desposorio*, el revestimiento de Cristo<sup>64</sup>, tal como el Santo lo expone en 2N 21<sup>65</sup>. Líricamente lo ha cantado en la quinta estrofa del poema de *Noche oscura*:

---

59 J. D. GAITÁN, *San Juan de la Cruz: vida religiosa...*, 25

60 2S 7, 8.

61 Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 47.

62 Cf. 1S 13, 3-4.

63 Juan de la Cruz, en consonancia con los evangelios, hace del seguimiento de Cristo el fundamento de la vida cristiana. El imitar a Cristo en Juan de la Cruz es sinónimo de seguir a Cristo en los sinópticos (cf. J. M. GARCÍA ROJO, *Itinerario espiritual del hombre sanjuanista*, Salmanticensis 52 (2005) 42).

64 Cf. 2N 24, 3; CB 12, 7; 22, 6...

65 “*Noche* es una traducción a la mística de la idea de seguimiento evangélico” (S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 178; cf. F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 224). Desde algunos

“¡Oh noche que guiaste!  
¡Oh noche amable más que la alborada!  
¡Oh noche que juntaste  
Amado con amada,  
amada en el Amado transformada!”.

El cristiano, por lo tanto, se conforma por el seguimiento con Cristo, se va *trocando* en él, y también su praxis se transforma en praxis del mismo Señor, como deja bien claro el Santo en este paso de *Cántico* que transcribimos completo por ser la mejor ilustración de lo que venimos diciendo: “Pero sobre este dibujo de fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es según la voluntad, en la cual de tal manera se dibuja la figura del Amado y tan conjunta y vivamente se retrata, cuando hay unión de amor, que es verdad decir que el Amado vive en el amante, y el amante en el Amado. Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro y que entrambos son uno. La razón es porque en la unión y transformación de amor el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja y trueca por el otro; y así, cada uno vive en el otro, y el uno es el otro y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo que quiso dar a entender San Pablo cuando dijo: *Vivo autem, iam non ego; vivit vero in me Christus* (Gal 2,20). Que quiere decir: *Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Cristo*. Porque en decir vivo yo, ya no yo, dio a entender que aunque vivía él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida más era divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él.

De manera que, según esta semejanza y transformación, podemos decir que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor, lo cual se hará perfectamente en el cielo en divina vida en todos los que merecieren verse en Dios, porque, transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya. Y entonces dirán de veras: vivimos nosotros y no nosotros, porque vive Dios en nosotros. Lo cual en esta vida, aunque puede ser, como lo era en San Pablo, no, empero, perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma a tal transformación de amor que sea en matrimonio espiritual, que es el más alto estado a que se puede llegar en esta

---

ámbitos de la cristología se ha cuestionado la presencia de Cristo en la *noche* (así, por ejemplo, Rahner). Por desgracia, no podemos entrar en el análisis de este problema, que desborda los límites de nuestro trabajo. El lector interesado puede consultar en S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 91-94 e Id., *La experiencia de Cristo...*, 179-180. Ver también: J. A. MARCOS, *La Mistica como atención amorosa...*, 130-150: la noche es, según el autor, *positividad teológica, plenitud antropológica y nueva libertad*.

vida; porque todo se puede llamar dibujo de amor en comparación de aquella perfecta figura de transformación de gloria.

Pero cuando este dibujo de transformación en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado; que por eso, deseando él que le pusiese la Esposa en su alma como dibujo, le dijo en los Cantares: *Ponme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo* (8, 63). El corazón significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de fe, según se dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte, en que está como señal de dibujo de amor, como ahora acabamos de decir<sup>66</sup>.

El proceso místico de sanación, de encuentro con uno mismo y con la propia realidad, que se realiza a lo largo del camino propuesto por Juan de la Cruz, se nos revela no sólo como un proceso psicológico de autorrealización sino, sobre todo, como una salida de sí mismo para *encontrarse en Cristo*, que supone un desplazamiento del eje axiológico<sup>67</sup>: “implica pasar de la vida organizada en torno a uno mismo y sobre uno mismo (cf. Mt 10, 17-30: el joven rico que organiza su proyecto de vida sólo *para sí* incapacitándose a la vez para oír la llamada de Dios, la Palabra, y el clamor de los pobres y en definitiva incapacitándose para ‘salir’ y *encontrarse*) a la autotranscendencia. Es un cambio de motivaciones vivenciado en el paso del nivel de los gustos, apetitos y necesidades al nivel de los valores, hasta el nivel del Valor Supremo. O lo que es lo mismo, paso del nivel de la autocomplacencia e identificación, al nivel de la internalización, hasta el nivel de la divinización y la unión de amor con Dios<sup>68</sup>”.

Encontrarse en Cristo, con Cristo, es la tarea esencial del *seguidor*, es la esencia de la vida cristiana<sup>69</sup>. Al *preferir* a Jesucristo, el hombre *inflamado de amor*<sup>70</sup> ve renovadas y transformadas todas las facetas de su vida<sup>71</sup> y se dispone

---

66 CB 12, 7-8; cf. LB 2, 32-35.

67 Cf. J. A. MARCOS, *Un viaje a la libertad. San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2012; M. FOLEY, *San Juan de la Cruz. Una mística para vivir*, Editorial de Espiritualidad, Grupo Fonte, Burgos 2017.

68 E. GARCÍA, *Cristo en la mística...*, 689; cf. F. RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz...*, 271-294. 383-413. Cf. 2N 3, 3; S, argumento; 2S 16, 9; CB 12, 7; 22; 28-4-5; 31, 1-2; 37, 6; 39, 5...

69 Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 47-53.

70 Cf. 1S 1, 4.

71 “De los relatos neotestamentarios se deduce, con claridad, que el encuentro en profundidad con Cristo no afecta a la persona sólo en alguna dimensión o faceta de la vida, sino en el mismo hacerse hombre; origina un modo de ser y situarse que alcanza a la totalidad de la vida: pensar, actuar y relacionarse con los demás. Es una experiencia tan radical y determinante que lleva a confesar a Jesús como el Señor y a relativizar cualquier otro pretendido absoluto (cf. Mt 23, 8-11). Experiencia y ‘confesión’ que no se resuelve en un simple y ambiguo recitar

a ser servidor y signo del Reino compartiendo con el Maestro su destino, al que está llamado por su ser imagen de Dios. Ilumina esta perspectiva otro de los grandes capítulos cristológicos de San Juan de la Cruz, el séptimo del segundo Libro de la *Subida*.

## SEGUIMIENTO Y CRUZ DE JESÚS

Ya hemos advertido de que, con frecuencia, Juan de la Cruz ha sido malentendido y malinterpretado; se le ha presentado como paradigma de la ascética y de la negación de lo humano. En 2S 7, el Santo explica de raíz la razón de su invitación al despojamiento: es una exigencia de la vida cristiana basada en la praxis vital del mismo Cristo, quien ya advirtió de lo angosto del sendero de la vida<sup>72</sup>.

La intencionalidad de Juan de la Cruz en este capítulo es, ante todo, la orientación de la vida espiritual a un seguimiento auténtico de Cristo, que entrega su vida en la cruz como expresión máxima de su donación total a los hombres siguiendo la voluntad del Padre<sup>73</sup>. Del mismo modo, el espiritual no ha de bus-

---

fórmulas (cf. Mt 6, 5-6), ni el observar un comportamiento ético racionalizado y voluntarista (cf. Mt 15, 1ss) sino en sentir y vivenciar su presencia íntima que cambia y transforma profundamente al hombre abriéndole al conocimiento de Dios y de sí mismo” (E. GARCÍA, *Cristo en la mística...*, 688).

72 “Para lo cual se deben notar con advertencia las palabras que por San Mateo, en el capítulo 7 (v. 14), nuestro Salvador dijo de este camino, diciendo así: *Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam*; quiere decir ¡Cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que guía a la vida, y pocos son los que le hallan! En la cual autoridad debemos mucho notar aquella exageración y encarecimiento que contiene en sí aquella partícula *quam*. Porque es como si dijera: De verdad es mucho angosta, más que pensáis.

Y también es de notar que primero dice que es angosta la puerta, para dar a entender que para entrar el alma por esta puerta de Cristo, que es el principio del camino, primero se ha de angostar y desnudar la voluntad en todas las cosas sensuales y temporales, amando a Dios sobre todas ellas; lo cual pertenece a la noche del sentido, que habemos dicho” (2S 7, 2). Cf. E. J. MARTÍNEZ, *Buscar a Dios en sí o buscar a sí en Dios: lo específico de la vida espiritual cristiana a la luz del séptimo capítulo del segundo libro de la Subida del Monte Carmelo de San Juan de la Cruz*, in: F. TACCONE E C. BENEDETTINI (a cura di), *La Sapienza della Croce in un mondo plurale. Atti del IV Congresso Teologico Internazionale (volume II)*, Velar – Congregazione della Passione di Gesù Cristo, Roma 2022, 170-189.

73 “Nuestro encuentro con Cristo es siempre encuentro con el Cristo que, muriendo, vence la muerte. Muriendo en la cruz, Cristo entró en la gloria. Dando muerte al hombre viejo, el cristiano tendrá también parte en la gloria de Cristo. Hay que tener muy presente que Dios ha resucitado al crucificado” (J. M. GARCÍA ROJO, *Itinerario espiritual...*, 47).

carse en gozos, gustos o *golosinas*<sup>74</sup>, sino encontrarse en el ejemplo de Cristo que a todo esto renuncia en el momento supremo de la cruz: “Hacerse semejante a Cristo implica decidirse a llevar su cruz. El Santo resalta este punto a veces con tal dureza que no deja de chocar con nuestra sensibilidad”<sup>75</sup>. Dicha dureza queda orientada y relativizada al aparecer nítidamente como una consecuencia lógica del proceso de seguimiento y conformación con Cristo, que articula y da sentido a la vida cristiana: “Y porque he dicho que Cristo es el camino, y que este camino es morir a nuestra naturaleza en sensitivo y espiritual, quiero dar a entender cómo sea esto a ejemplo de Cristo, porque él es nuestro ejemplo y luz.

Cuanto a lo primero, cierto está que él murió a lo sensitivo, espiritualmente en su vida y naturalmente en su muerte. Porque, como él dijo, en la vida no tuvo dónde reclinar su cabeza (Mt 8,20), y en la muerte lo tuvo menos.

Cuanto a lo segundo, cierto está que al punto de la muerte quedó también aniquilado en el alma sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad, según la parte inferior. Por lo cual fue necesitado a clamar diciendo: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?* (Mt 27,46). Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida. Y así, en él hizo la mayor obra que en [toda] su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo; conviene a saber: acerca de la reputación de los hombres, porque, como lo veían morir, antes hacían burla de él que le estimaban en algo; y acerca de la naturaleza, pues en ella se aniquilaba muriendo; y acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre, pues en aquel tiempo le desamparó porque puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios, quedando así aniquilado y resuelto así como en nada. De donde David dice de él: *Ad nihilum redactus sum, et nescivi* (Sal 72,22); para que entienda el buen espiritual el misterio de la puerta y del camino de Cristo para unirse con Dios, y sepa que cuanto más se aniquilare por Dios, según estas dos partes, sensitiva y espiritual, tanto más se une a Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar.

No consiste, pues, en recreaciones y gustos, y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior”<sup>76</sup>.

---

74 *Ibidem* 3-8.

75 S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 50.

76 2S 7, 9-11.

No existe para el espiritual, según la perspectiva de San Juan de la Cruz, otra manera de alcanzar la meta del camino de liberación mística que asumir la cruz renunciando a los gustos de los apetitos, como presupuesto ineludible del proceso de configuración con Cristo<sup>77</sup>.

Para poder comprender el sentido de la cruz en el ámbito del seguimiento en la doctrina del Santo, es necesario releer el texto que hemos traído más arriba<sup>78</sup>, que nos ilustra expresivamente acerca de la *función* de la cruz para la vida de Jesús: él asume el sufrimiento en función de la necesidad de *pagar la deuda*<sup>79</sup> y *unir al hombre con Dios*, que traduciríamos hoy por *autocomunicarse al hombre para renovar su vida, combatiendo al tiempo el mal*. Como hemos visto, para el cristiano no hay otro camino posible al Padre que la vida de Jesús y él aparece viviendo abierto a los caminos del Padre y asumiendo en conexión con ellos el conflicto y la persecución.

En este ámbito se nos invita a profundizar la realidad de la cruz. Una cruz considerada en el contexto histórico de la vida de Jesús que se presenta como resultado de una vida de fidelidad a la causa del Reino: “de ahí se deriva la exigencia de seguir a Cristo en comunión de vida y de destino”<sup>80</sup>. Para la vida moral cristiana incrustada en la categoría de seguimiento, llevar la cruz es renunciar a los propios proyectos y trabajar para que haya un mundo de amor,

---

77 “La renuncia, sin embargo, se da, y supone un gran esfuerzo, como se deduce de numerosas páginas [...]. El seguimiento no es auténtico mientras la renuncia no alcance los centros neurálgicos del ser” (S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 51).

78 Cf. 2S 7, 9-11.

79 Aunque el Santo no puede sino ser deudor de la teología de su tiempo, en la que prevalece una visión de la cruz como lugar donde Cristo *paga la deuda* con Dios que supone el pecado del hombre, su interpretación va más allá. Es evidente que él comprende la cruz de Cristo como lugar en el que Dios y el hombre se unen definitivamente por la oferta que en Jesús hace el Padre, que es oferta de reconciliación, de superación de la ira y la agresividad en la resolución de los conflictos. En ese sentido nos parece oportuno traer aquí esta cita de G. Theissen: “El hombre no mueve a Dios, con este sacrificio [el de la cruz], a cesar en su cólera; es Dios el que actúa para que el ser humano abandone su hostilidad hacia él y hacia el prójimo. No es Dios, sino el hombre, el que debe transformarse con este sacrificio; no es Dios, sino el hombre, el que debe superar la ira, los impulsos asociales y agresivos.

Este sacrificio no actúa mediante la muerte, sino mediante la superación de la muerte. En la muerte sacrificial de Jesús, el sacrificio de uno hace posible una vida que no vive a costa de otra” (G. THEISSEN – A. MERZ, *El Jesús histórico. Manual*, Sígueme, Salamanca 1999, 516-517).

80 C. MACCISE, *Mística y...*, 143. El autor pone de manifiesto el modo en que la Teología de la Liberación ha sacado a la luz esta comprensión del seguimiento y de la cruz como exigencia del mismo en el contexto de la lucha por la justicia a imagen de Jesús.

paz y fraternidad; implica solidarizarse con los que sufren<sup>81</sup>. Sólo así es posible pasar del hombre viejo al hombre nuevo, no sólo por una transformación espiritual, sino también por una transición moral del *morir* al *vivir en Cristo*<sup>82</sup>.

Las negaciones y *noches oscuras* sanjuanistas no se dan al margen de la historia ni son sólo procesos personales que afectan a quien los padece. Brotan en el empeño por vivir lo que el Padre nos ha revelado en su Hijo, Palabra única, asumiendo la cruz de la abnegación evangélica al recorrer el camino de Jesús, que implica y dispara el compromiso por la justicia y la solidaridad: “Porque el verdadero espíritu antes busca lo desabrido en Dios que lo sabroso, y más se inclina al padecer que al consuelo, y más a carecer de todo bien por Dios que a poseerle, y a las sequedades y aflicciones que a las dulces comunicaciones, sabiendo que eso es seguir a Cristo y negarse a sí mismo, y esotro, por ventura, buscarse a sí mismo en Dios, lo cual es harto contrario al amor. Porque buscarse a sí en Dios, es buscar los regalos y recreaciones de Dios, mas buscar a Dios en sí es no sólo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; y esto es amor de Dios”<sup>83</sup>.

En el padecer que trae consigo la fidelidad a Dios y a la propia misión, la persona humana se va haciendo semejante a Cristo. Esta fidelidad a Jesús-camino, siguiendo sus huellas, es la única cosa necesaria, no hay otra manera de seguirle<sup>84</sup> y consiste en realizar el tránsito a través del viaje místico, que engloba la vida moral, por el cual el hombre nuevo, en virtud de la cruz de Cristo, “sobreviene y suplanta al hombre viejo y disfruta de la paz y amistad con Dios. Cristo, como nuevo Adán, es origen y cabeza de esta nueva creación, de esta nueva creatura”<sup>85</sup>. La cruz de Jesús se transforma, así, en el modo de acceder a la redención de modo personal. Asumiéndola, el hombre se compromete en la recreación del mundo por la entrega total de la propia vida en el servicio a los otros que es característica del discípulo de Jesús.

## EL AMOR, RAÍZ DEL SEGUIMIENTO

La categoría de seguimiento, con sus perfiles de conformación integral de la persona en Cristo y de asimilación de la cruz, es pues clave de la configuración de la vida espiritual del creyente para San Juan de la Cruz; Jesús es Compa-

---

81 Cf. *Ibidem*.

82 Cf. LB 2, 32-34; CB 35.

83 2S 7, 5 (cf. C. MACCISE, *Mística y...*, 145-147).

84 Cf. 2S 7, 8.

85 J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 306; cf. CB 23.

ñero con el que conformarse hasta la cruz, Maestro que dirige nuestra praxis hasta la negación de uno mismo en favor de los demás. La transformación, el seguimiento, la conformación con Cristo, sin embargo, no constituyen el punto de arranque de su discurso: todo en San Juan de la Cruz parte de una raíz más profunda, tiene su base en el “enamoramiento de Jesucristo”<sup>86</sup>. Juan de la Cruz, cantor del amor, sitúa, por lo tanto, el arranque de su *marcha mística* no en la negación o la ascesis, sino en el amor<sup>87</sup>.

Recordemos aquí que, incluso en su forma poética, la expresión de la experiencia mística recogida por el Santo es fruto del amor<sup>88</sup>: ansias de amor al principio del camino que recorre, paso a paso, un alma que va andando *del Señor enamorada*<sup>89</sup>; el *Cántico espiritual* da fe de ello, pues es, simple y llanamente, la narración de un *ejercicio de amor*, desde los comienzos –gemido y búsqueda– hasta la plenitud definitiva del encuentro y la unión<sup>90</sup>. La marcha hacia la trascendencia es el enamoramiento del Señor de los evangelios<sup>91</sup>, el Esposo<sup>92</sup>; el amor enmarca toda la obra poética del Santo, desde la primera estrofa del poema de *Noche*, hasta el último verso de *Llama*, presente continuo del alma transformada que “no concluye, sino que lo pone de nuevo todo en movimiento, como para volver a empezar”<sup>93</sup>.

La protagonista de *Cántico* parece en principio el alma enamorada que *sale* buscando a Cristo<sup>94</sup>. Para San Juan de la Cruz, sólo el amor a él justifica sus

---

86 S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 49; cf. D. 91. 94. 156; J. M. GARCÍA ROJO, *Itinerario espiritual...*, 43-45.

87 Cf. J. A. MARCOS, *La Mística como atención amorosa...*, 98-104.

88 Refiriéndose a *Cántico* afirma S. Castro: “Los vocablos *Amado, gemido, herido y salir* sitúan el libro en un contexto de amores” (S. CASTRO, *Hacia Dios...*, 49).

89 Cf. CB 31, 9.

90 Cf. CB 1, 13; 3; 12, 6-7; 28, 8; 29, 3; LB 4... “El amor ocupa en la obra sanjuanista un lugar privilegiado. Amor divino que se unge hasta los tuétanos de ropaje humano. Mejor, el amor divino y el humano forman tal unidad que es imposible separarlos sin que ambas realidades queden seriamente dañadas.

Para expresar la experiencia del amor divino utiliza el místico el lenguaje erótico. ¿Por qué? La respuesta que parece más probable, aunque no dé razón de todo el problema, es que se sirve del mismo estilo de la Biblia, que nos transmite con esa lexicología la comunión de Dios con el hombre” (S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 188-189).

91 Cf. S. CASTRO, *La experiencia de Cristo...*, 173; ID., *El amor como apertura trascendental del hombre en San Juan de la Cruz*: Revista de Espiritualidad 35 (1976) 431-463; ID., *Hacia Dios...*, 49-55. 95-110.

92 Cf. IS 14, 2-3; 13, 3-4. 6-7...

93 F. RUIZ en introducción a *Llama de amor viva B*, en la edición de obras completas que manejamos, p. 783.

94 Cf. CB 1, 2-3. 5.

acciones e impulsa el seguimiento, él es su objeto. La negación y el despojamiento que aquél acarrea, como venimos diciendo, están ordenados a ese amor: “Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastan gemidos y oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros, como ha hecho en la primera y segunda canción, por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede, porque el alma que de veras a Dios ama no empereza hacer cuanto puede por hallar al Hijo de Dios, su Amado; y aun después que lo ha hecho todo, no se satisface ni piensa que ha hecho nada. Y así, en esta tercera canción [dice] que ella misma por la obra le quiere buscar, y dice el modo que ha de tener en hallarlo, conviene a saber: que ha de ir ejercitándose en las virtudes y ejercicios espirituales de la vida activa y contemplativa”<sup>95</sup>.

Sin embargo, el *alma enamorada* descubrirá que no le corresponde a ella el protagonismo del ejercicio del amor: “*Que el ciervo vulnerado*. Compárase el Esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende a sí mismo. Y es del ciervo es subirse a los lugares altos; y cuando está herido vase con gran prisa a buscar refugio a las aguas frías; y si oye quejar a la consorte y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia. Y así hace ahora el Esposo, porque, viendo la Esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos. Y así, es como si dijera: *Vuélvete*, esposa mía, a mí; que si llagada vas de amor de mí, yo también, como el ciervo, vengo, en esta tu llaga llagado, a ti, que soy como el ciervo”<sup>96</sup>.

“Es de saber que si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella; y, si ella le envía a él sus amorosos deseos, que le son a él tan olorosos *como la virgúlica del humo que sale de las especies aromáticas de la mirra y del incienso* (Cant 3, 6), él a ella le envía *el olor de sus unguentos, con que la atrae y hace correr hacia él* (Cant 1, 2-3), que son sus divinas aspiraciones y toques”<sup>97</sup>.

La experiencia mística sanjuanista lo es del Dios del Jesús evangélico: un Dios que nos ama primero, que sale al camino de nuestra historia personal y colectiva en forma de amor transformador que sana al hombre y recrea la vida y el mundo<sup>98</sup>. Esa manifestación se hace evidente en la marcha contemplativa que permite vivir como propia la vida de Cristo entregado a la humanidad. El que ha irrumpido en la historia como Palabra del Padre que construye el reino del Dios de amor, se hace accesible como *Esposo* a cada persona por la expe-

---

95 *Ibidem* 3, 1.

96 CB 13, 9; cf. 2, 8; 9, 1.

97 LB 3, 28; cf. CB 1, 15; 2, 4. 8; D 2.

98 Cf. R 4, 135-144. 149-153.

riencia mística, manifestándose como aquel que, por amor, viene a compartir la naturaleza del hombre, de cada hombre<sup>99</sup>, con el fin de mostrarle su verdadero destino. La bondad y la misericordia de Dios para con el hombre se han hecho manifiestas por la Encarnación, por la que el Hijo se hace semejante al hombre en profundo ejercicio de amor y solidaridad<sup>100</sup>.

Juan de la Cruz no pone el acento en el pecado del hombre en su comprensión del *cur Deus homo*, sino en el deseo del Hijo de dar gloria a Dios cumpliendo la voluntad amorosa del Padre, que no es otra que compartir la existencia de los hombres para decirles quiénes son y mostrarles el modo de llegar a serlo: el seguimiento de su Hijo<sup>101</sup>.

Este *gesto* de Jesús apela al corazón del hombre creyente configurándolo, invitándole a una vida moral cuya opción fundamental es llegar a ser lo que somos frente a la posibilidad de renunciar a serlo, capacitándole para el seguimiento y la entrega absoluta por amor. Ése es el único modo de completar nuestra *dignitas*. Jesús-Esposo del alma –de la persona, en nuestra terminología–, se manifiesta como amor en el que se engarzan la vida espiritual y la vida moral del cristiano: para la primera, el amor es llamada a la unión mística y transformadora mediante la renuncia a las tensiones de los apetitos y descubrimiento de que sólo Dios llena el corazón del hombre; para la segunda es tensión de horizontalidad que invita a la construcción del Reino, a sumergirse en el lago de la historia siguiendo la huella del Cristo solidario de la naturaleza humana<sup>102</sup>.

También en la acción, en lo que podríamos llamar la praxis moral del hombre nuevo, se va dando la transformación, pues por ella el ser humano se va asemejando a Jesús, cuyo principal cometido al decir de San Juan de la Cruz, es *estar con el hombre*: “sin forzar la cosa, parece claro que lo que sobresale es eso de *estar con*, en toda nuestra mundanidad: comer, beber, estar, gastar tiempo. Cuando una persona está con otra, algo está sucediendo [...]. Cuando el Hijo está con la humanidad, no es simplemente que esté ahí. Algo está sucediendo. Hay un intercambio de energías de enormes consecuencias”<sup>103</sup>, hay

---

99 Cf. GS 22.

100 Cf. R 7, 221-266.

101 La revelación que es Cristo implica “la comprensión o captación por parte del hombre del ser de Cristo y del Padre; y el seguimiento de su palabra y de su vida y persona, como camino para llegar a Dios” (F. RUIZ, *Místico y Maestro...*, 130; cf. 2S 7; 22).

102 “Jesús toma sobre sí las fatigas del hombre para volver al hombre a Dios. Para sacar del lago, hay que sumergirse en el lago” (I. MATHEW, *El impacto...*, 193-194; cf. 201-209).

103 I. MATHEW, *El impacto...*, 191-192. “Cuando, a la luz de Cristo, que es nuestro libre don de amor por parte del Padre, reconocemos y honramos a los demás como don en lugar de como amenaza, estamos libres de la esclavitud de la enemistad y somos libres para estar con los demás y para los demás” (B. HAERING, *Libertad y fidelidad...*, I, 147).

un impacto en la interioridad del hombre, que es recreado, constituido nuevo por amor, y hay un impacto en su praxis, en su obrar ante Dios, los otros y lo otro, configurándose su vida moral desde la opción fundamental de llegar a ser lo que somos como un ejercicio amoroso de seguimiento y, por tanto, de transformación en Cristo también en la acción<sup>104</sup>.

Es, en suma, la vida moral del hombre nuevo en la que el hombre llega a cumplirlo todo por razón de amor: “Para enderezar, pues, el gozo a Dios en los bienes morales, ha de advertir el cristiano que el valor de sus buenas obras, ayunos, limosnas, penitencias, [oraciones], etc., que no se funda tanto en la cantidad y calidad de ellas, sino en el amor de Dios que él lleva en ellas”<sup>105</sup>.

## AMOR DE COMPASIÓN ACTIVA

El amor como raíz del seguimiento no es un impulso solipsista que cierre al hombre sobre sí en la contemplación. Para San Juan de la Cruz, ese amor hace *salir* al hombre, impulsándole a un compromiso en favor de los otros, como venimos diciendo.

La configuración con el Maestro, que lleva al despojamiento y purificación místicos a través del camino de la *noche*, redimensiona la ética teológica cristiana como *ética de la compasión*. Dicha clave de configuración cristológica por el seguimiento ordena también la vida moral, como he dicho más arriba, al estilo de Jesús e inserta en ella la tensión del desprendimiento espontáneo en favor del otro, especialmente del otro más desfavorecido, del pobre, en un movimiento de identificación con Cristo que por nosotros se hace pobre, para enriquecernos<sup>106</sup>.

En el proceso místico de la unión, Juan de la Cruz constata la proporcionalidad entre el crecimiento del amor y la experiencia de Dios en la interiorización y el amor concreto y eficaz al prójimo<sup>107</sup>. Amor de Dios y amor del prójimo

---

104 “La fe en Cristo no ofrece sólo una norma o meta nueva de acción sino que remodela de nuevo al hombre internamente, proporcionándole un nuevo principio de actividad al nivel ontológico de su mismo ser. Como resultado de ello, hay una simbiosis del hombre con Cristo, con el *Kyrios* glorificado, que se ha hecho por la resurrección ‘espíritu que da vida’ (1 Cor 15, 45), principio vital de actividad cristiana” (J. A. FITZMYER, citado en J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 332-333; cf. 3S 13, 5; CB 8, 3; 11, 10; 12, 7-8; 22, 6).

105 3S 27, 5; cf. 28, 8; 33, 1; CB 27, 8...

106 Cf. 2 Cor 8, 9; 2S 7, 9-11. Estudié este tema en mi tesis doctoral –en la que desarrollo algunos de los temas aquí tratados–, que fue parcialmente publicada: E. J. MARTÍNEZ, *Transformación mística y compromiso ético. San Juan de la Cruz*: Revista de Espiritualidad 65 (2006) 395-528.

107 “Contra lo que a priori se puede pensar, interiorizarse, explorar el propio yo, *entrar*, es alter-izarse y por ahí va el camino de Jesús, su invitación a la vida, su propuesta ética: una ética

son para Juan de la Cruz la misma cosa y, por ello, tienen la misma dinámica de crecimiento... o de degradación: “Muchos son los provechos que al alma se le siguen de apartar su corazón de semejante gozo, porque, demás que dispone para el amor de Dios y las otras virtudes, derechamente da lugar a la humildad para sí mismo y [a] la caridad general para con los prójimos; porque, no aficionándose a ninguno por los bienes naturales aparentes, que son engañosos, le queda el alma libre y clara para amarlos a todos racional y espiritualmente, como Dios quiere que sean amados. En lo cual se conoce que ninguno merece amor si no es por la virtud que hay en él. Y cuando de esta suerte se ama, es muy según Dios y aun con mucha libertad; y si es con asimiento, es con mayor asimiento de Dios, porque entonces cuanto más crece este amor, tanto más crece el de Dios, y cuanto más el [de] Dios, tanto más éste del prójimo; porque de lo que es en Dios es una misma la razón y una misma la causa”<sup>108</sup>.

Así, el camino de libertad místico al que invita San Juan de la Cruz, caracterizado por el seguimiento de Jesús por amor, no busca en ningún caso la huida de la realidad ni de los otros, sino que enseña, al insertar en el hombre la ley nueva como teonomía del Espíritu, una nueva forma de relacionarse con las *criaturas*, siguiendo la terminología sanjuanista, marcada por la actitud básica de la caridad. Si la unión mística nos hace libres, es para que aprendamos a amar como Dios ama<sup>109</sup>. El hombre nuevo es hombre abierto a la relación con los otros en absoluta gratuidad que ama según Dios<sup>110</sup>, enfrentado al hombre viejo, que es hombre encadenado al fruto de sus obras, incapaz de obrar gratuitamente: “Y cuánto reine este daño, así en los espirituales como en los hombres comunes, sería prolijo de contar, pues que apenas hallarán uno que puramente se mueva a obrar por Dios sin arrimo de algún interés de consuelo o gusto u otro respecto [...]. Estos aflojan mucho en la caridad para con Dios y el prójimo, porque el amor propio que acerca de sus obras tienen les hace resfriar la caridad”<sup>111</sup>.

La mística sanjuanista, como camino del que brota el hombre nuevo, es por tanto propuesta que encierra una semilla de transformación ética. En el proceso de la unión transformante, el hombre accede, a través de la experiencia mística, al Dios que se hace presente por la fuerza del Espíritu transformador

---

de la alteridad, de la compasión, una ética del corazón” (G. JUAN HERRANZ, *Vivir para dar vida: Revista de Espiritualidad* 254 (2005) 16; cf. M. HERRAÍZ, *La oración, experiencia liberadora. Espiritualidad de la liberación y experiencia mística teresiana*, Sígueme, Salamanca 1989 (2ª edición), 85-86).

108 3S 23, 1; cf. 20, 2; 25, 4-5; 28, 9.

109 Cf. 3S 20, 2

110 Cf. 3S 26, 3.

111 3S 28, 8-9.

en Cristo, palabra única que estamos invitados a seguir<sup>112</sup>; la unión de semejanza –ser dioses por participación– a través de la vida teologal, que es la meta del proceso, repercute en la vida moral del cristiano mediante la virtud de la caridad, entendida como actitud que configura la voluntad del hombre con la voluntad de Dios y se concreta en el amor al prójimo, como expresión y medio de realización del amor de Dios<sup>113</sup>. Juan de la Cruz va “a la raíz de la dignidad humana que es el hecho de que el hombre y la mujer han sido criados a imagen de Dios y llamados por Él a una transformación y divinización de su ser”<sup>114</sup>.

Dicha concreción está mediada por la categoría del seguimiento evangélico: en Jesús encontramos los gestos y palabras que hemos de *reproducir* en el desarrollo de una vida moral según Dios, que no tiene otra palabra que decirnos<sup>115</sup>. La vida espiritual del cristiano se convierte en fuente de una exigencia ética al estilo de Jesús, que es caracterizada por San Juan de la Cruz como ética en la obediencia al Padre cuya voluntad es el enriquecimiento y levantamiento del hombre por medio de la solidaridad y la compasión que exige el acercamiento al otro hasta la entrega de la propia vida para la promoción del prójimo. Lo expresa de modo evidente en los *Romances*: atento a la voluntad del Padre, Jesús se sumerge en el lago de la historia para cargar con las fatigas, trabajos y padecimientos de los hombres, hablándoles del Dios que es bondad y misericordia y configurándose con ellos hasta la entrega de su propia vida para nuestra salvación, que Juan de la Cruz no vincula directa y principalmente a la redención del pecado, sino a la realización de la *dignitas* que supone vivir vida de Dios, en semejanza, y vuelta a él<sup>116</sup>.

La vida de Jesucristo, con quien el hombre está llamado a configurarse por el camino de la unión mística, se convierte así en el fundamento de la vida moral del creyente, en cuanto motivación y en cuanto revelación de su contenido. La actitud o virtud básica de la caridad se realiza como amor al prójimo, que es *tensión compasiva* materializada en la capacidad de mirar al rostro del otro, sumergirse en su propia vida escrutando las necesidades de su corazón dejando

---

112 Cf. 2S 7 y 22.

113 Cf. J. MARTÍN VELASCO, *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid 1999, 232-233, con referencias bibliográficas.

114 C. MACCISE, *Mística...*, 154-155.

115 “La vida moral cristiana se caracteriza, como uno de sus rasgos básicos, por ser la realización del seguimiento de Jesús en un tiempo histórico determinado y en una biografía concreta (M. VIDAL, *Nueva moral fundamental...*, 131).

116 Cf. R 7, 229-265 (cf. 1 S 5, 7; CB 26, 17; LB 2, 23). Como ya vimos, la cruz, momento de desamparo absoluto de Cristo, es, sin embargo, el lugar donde “él hizo la mayor obra que en [toda] su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios” (2S 7, 11).

que el nuestro se encoja al percibir su necesidad, el sufrimiento que brota de la lesión y menoscabo de su dignidad de imagen de Dios<sup>117</sup>.

Juan de la Cruz participa de la llamada profética y jesuana a una vida religiosa configurada por una ética de la misericordia, no por los sacrificios. Su proyecto de desmonte de toda idolatría no sólo incluye el rechazo a todo lo que no es Dios sino también, como hemos explicado más arriba, la renuncia a los frutos de nuestras acciones, al apego de nuestras obras como si ellas pudiesen conquistar a Dios. A él se accede exclusivamente, según San Juan de la Cruz, configurando por el seguimiento nuestra vida con la de Jesús por medio del camino místico de desapego que se funda en el amor a Cristo y el seguimiento de sus huellas. Quien no sigue los pasos de Jesús, quien obra sólo por el gozo y gusto en las obras, sean espirituales o morales, termina por vivir de espaldas a los otros, especialmente a los más pobres. Éste es el contexto en el que se entienden plenamente las terribles denuncias que realiza en el tercer Libro de la *Subida* contra quienes, gozándose en los bienes materiales, cierran su corazón y su mirada a los necesitados: “De gozarse en olores suaves le nace asco de los pobres, que es contra la doctrina de Cristo, enemistad a la servidumbre, poco rendimiento de corazón en las cosas humildes e insensibilidad espiritual, por lo menos según la proporción de su apetito. Del gozo en el sabor de los manjares, derechamente nace gula y embriaguez, ira, discordia y falta de caridad con los prójimos y pobres, como tuvo con Lázaro aquel epulón que comía cada día espléndidamente (Lc 16,19). De ahí nace el destemple corporal, las enfermedades; nacen los malos movimientos, porque nacen los incentivos de la lujuria; críase derechamente gran torpeza en el espíritu y estrágase el apetito de las cosas espirituales, de manera que no pueda gustar de ellas, ni aun estar en ellas ni tratar de ellas. Nace también de este gozo distracción de los demás sentidos y del corazón y descontento acerca de muchas cosas”<sup>118</sup>.

La renuncia ético-espiritual a los bienes, a gozos lícitos, encuentra su fundamento en el deseo de vivir como Jesús de cara a la voluntad del Dios verdadero. No hay en Juan de la Cruz prioritariamente un impulso ascético o de mera perfección, entendida en el sentido más limitado del término, sino una tensión de configuración con el Cristo compasivo que es oferta a todos, ricos y pobres, libres y esclavos. Si se pone el corazón en el gozo de los bienes o, incluso, en el gozo de una conciencia tranquila ante Dios, se vive idolátricamente y se ahoga cualquier posibilidad de desarrollar la tensión ética compasiva. Por el

---

117 “La única solidaridad digna de tal nombre es la que se caracteriza por el mismo desamparo y desesperación que conocen y experimentan los marginados” (W. BRUEGGEMAN, *La imaginación profética*, Sal Terrae, Santander 1986, 96); cf. *Veritatis Splendor* 13.

118 3S 25, 5.

contrario, la experiencia de la *noche oscura* ilumina las situaciones de muerte, permite comprender en ellas una presencia de Dios a la vez que compromete con la justicia<sup>119</sup>, precisamente porque nos configura con el Cristo compasivo y hace nacer en nosotros la compasión bíblico-jesuana, el estremecimiento de las entrañas y el trabajo por la búsqueda de la restauración de lo roto<sup>120</sup>: “los místicos iluminan la búsqueda de alternativas sociales más humanas y basadas en el valor fundamental de la persona y menos centradas en la sed insaciable del poder, del saber y del tener”<sup>121</sup>; y ello en constante diálogo con todos los hombres y mujeres de buena voluntad: “Procuren los católicos cooperar con todos los hombres de buena voluntad en promover cuanto hay de verdadero, de justo, de santo, de amable (Cf. *Fil.*, 4,8). Dialoguen con ellos, superándolos en prudencia y humanidad, e investiguen acerca de las instituciones sociales y públicas, para perfeccionarlas según el espíritu del Evangelio”<sup>122</sup>.

## CONCLUSIÓN

La tarea que San Juan de la Cruz emprende en sus obras es, pues, exhortar al hombre a emprender el *camino* que le conducirá desde una forma baja de ser<sup>123</sup>, la que corresponde al *hombre viejo*, hacia aquella que le dispone a ser enaltecido por Dios. En *Subida al Monte Carmelo*, explicará el proceso en términos de des-exteriorización, mostrando cómo se va purificando y liberando del mundo exterior, del sentido externo, de los sentidos interiores, del discurso<sup>124</sup>. Y esto tanto en la vertiente cognoscitiva como en la afectiva. En *Cántico Espiritual*, el proceso se explica en términos de interiorización, mientras que en *Llama* situará al hombre gravitando en su más profundo centro, entendido como *lugar* en el que reside y se da de hecho su mayor capacidad de amar.

El Santo insiste en muchos puntos de su obra en que éste es un proceso *razonable*, de *conocimiento de sí* exigible al hombre, a fin de que pueda asumir

---

119 Cf. C. MACCISE, *Mística...*, 139.

120 “Contemplando desde lo alto de la cumbre del monte, donde ya no hay camino, ‘porque para el justo no hay ley’, la realidad del mundo, de la historia y la propia personal, S. Juan de la Cruz quiere llamar la atención de todas las personas, quiere colocarlas desde esa perspectiva de plenitud para que sepan relativizar las cosas y asumir el plan de Dios en relación con ellas, con los demás y con el mismo Dios: [CB 39, 7]” (*Ibidem...*, 154).

121 *Ibidem*, 155.

122 *Apostolicam Actuositatem* 14.

123 Cf. D 26, 5.

124 “Probablemente, Juan de la Cruz concibió la Subida al Monte Carmelo como un viaje por el que ir más allá de nosotros mismos hasta la unión divina” (J. A. MARCOS, *Un viaje a la libertad...*, 45).

las imposiciones de su condición. Quien insiste en permanecer en un estado más bajo del que le corresponde por naturaleza, está fuera *de razón*, en tanto que no sabe realmente quién es ni a qué está llamado.

Mediante este proceso *razonable*, el hombre se recrea como *hombre nuevo*, dotado de un corazón de hijo, no de esclavo, que sale reforzado de todas las fatigas del camino de la unión y es Dios por participación<sup>125</sup>, configurándose plenamente con Cristo cual es la pretensión del Padre<sup>126</sup>. En fin, si el hombre viejo es muerte, el hombre nuevo es vida<sup>127</sup>, vida cristiana en plenitud y libertad.

---

125 Cf., para todo lo que sigue, J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta...*, 303-343.

126 Cf. D 106; 2S 5, 5-7; 2N 20, 5; CB 22, 3; 24, 5; 36, 5; 39, 4-6; LB 2, 34; 3, 8. 78...

127 Cf. LB 2, 33; E. J. MARTÍNEZ, «*Matando, muerte en vida la has trocado*». *Commento a un verso della Fiamma viva d'amore*: Rivista di Vita Spirituale 76 (2022) 63-77